

París detrás de la puerta

Daniel Serrano

Los motivos...

Bastó una vaga referencia de un querido amigo para que esta historia me cortejara las neuronas durante muchos meses. Es una historia que existe de alguna manera. Alguien, en 35 milímetros, la expresó, adelantándose a ese sentimiento que a todos nos ha carcomido las entrañas... Eso que no se hizo, pero que ya habíamos platicado. Ya hasta nos habíamos despedido... Lo más doloroso de la ruptura, son los mundos que no coagularon. Por supuesto, duelen más aquellos que se avisan. Esa imprecisa historia, la que mi amigo vio en algún cine de alguna ciudad, con quién sabe que actores, dirigida por quién sabe quién, que se llamaba quién sabe cómo; esa es la que origina “París detrás de la puerta”, porque finalmente Shakespeare se acabó las historias, aunque dejó el reto de cómo contarlas.

El encierro es una de mis preocupaciones. A ese amigo, que me puso a bailar con mis temores para que los hiciera teatro, le dedico esta obra.

PARA ÁNGEL NORZAGARAY

Personajes

Elisa

Diego

El escenario muestra el espacio común de un departamento. En algún lugar hay una computadora. Diego está en un rincón, sentado, recargado en la pared. Suena el teléfono. Elisa entra corriendo. Su rostro se ve demacrado. Se detiene y observa el teléfono. Ve a Diego. Este no levanta la mirada. Vuelve a ver el teléfono. Corre a él y casi al mismo tiempo que lo levanta, deja de sonar. Elisa lo pone en su oreja, pero no pronuncia ni una palabra. Voltea a ver a Diego, que le enseña la otra punta del cable del teléfono, por supuesto desconectado.

Elisa.- *(Sonriendo)* Dicen que Gérard Depardieu camina tranquilo por las calles de París.

Elisa camina hacia dentro.

Diego.- Eso ya lo habías dicho.

Elisa.- No ahora.

Diego.- No vale.

Elisa se detiene.

Elisa.- ¿Por qué?

Diego.- Eso ya es obsesión.

Elisa.- ¿Te refieres a París? ¿O a Depardieu?

Diego.- Te estás haciendo pendeja.

Elisa.- ¿Ya te conté cómo soñé las calles de París?

Diego.- No. Pero digamos que sí, porque no me importa.

Elisa.- Eran tan ridículas. Pero eran hermosísimas. (*Elisa se dispone a contar*) Todas las casas eran iguales en las fachadas.

Diego.- (*Casi inaudible*) Me vale madre.

Elisa.- En las dimensiones. Sólo eran diferentes en los colores. Eso sí, colores pasteles.

Diego.- Todos los pasteles en mi pueblo son blancos.

Elisa.- Y todas las líneas de las casas eran redondas. Cornisas, esquinas. No había carros.

Todos los vecinos caminábamos. Nos saludábamos en francés...

Diego.- Ja.

Elisa.- Nos sonreíamos, nos felicitábamos. Nos vestíamos también de colores pastel. Las mujeres con faldas largas, los hombres con pantalones bombachos. Al fondo, tú, regando nuestro jardín, con un sombrero de paja, y una yegua a tu lado.

Diego.- Tú eras la yegua.

Elisa.- Debió ser primavera, porque había flores por todos lados.

Diego.- Y pajaritos.

Elisa.- Y colibrís. Estaban contentos. Chupaban, iban y venían, cantaban.

Diego.- Los colibrís no cantan.

Elisa.- Se posaban sobre los hombros de los niños.

Diego.- ¿Sabías que el colibrí macho es más chico que la hembra?

Elisa.- El aire era color agua. El sol era color tierra. Todos los colores estaban bien definidos.

Diego.- Dicen que soñamos en blanco y negro.

Silencio.

Elisa.- Sonó el teléfono. Dicen que Depardieu nunca caminó por esa calle de colores pastel.

Diego.- ¡Qué bueno! ¿No?

Elisa se encoge de hombros. Se acerca al teléfono. Va a presionar un botón de la máquina contestadora.

Diego.- ¿Qué vas a hacer?

Elisa.- Borrar los mensajes.

Diego se levanta como si fuera lanzado por una catapulta.

Diego.- ¡No!

Elisa.- (*Se asusta*) ¿No?

Diego.- ¡No!

Elisa.- Quiero saber por lo menos quien habla.

Diego.- Aquí sólo hay nadie. Por lo tanto nada más nadie puede borrar los recados de la contestadora.

Elisa.- (*Titubeante*) Yo también...

Diego.- Tú no existes.

Elisa.- Entonces soy nadie.

Diego.- Ni siquiera eso.

Elisa.- ¿Qué?

Diego.- Ya no.

Elisa.- ¡No quiero!

Diego.- Detrás de la puerta. Muy lejos. Allí sí.

Elisa.- Es cuestión de soñar.

Diego.- Pendejadas.

Elisa.- De regresar el cassette.

Diego.- Pendejadas.

Elisa.- (*Furiosa*) ¡Chinga tu madre!

Diego camina por todo el cuarto, mientras Elisa desaparece por la puerta interior por la que entró.

Elipsis de tiempo. Diego cambia la intención de su caminar. Mueve cosas, su semblante es diferente. Se le ve alegre. Entra Elisa con alguna caja en la mano. Es otra Elisa, diferente a la escena anterior.

Elisa.- Dicen que Gérard Depardieu camina tranquilo por las calles de París. ¡Imagínate!

Diego.- ¿Será?

Elisa.- Qué es como natural.

Diego.- Tú sabes más de eso que yo.

Elisa.- Me lo dijo Brando.

Diego.- ¿Tú crees? Debe ser muy famoso allá, ¿no?

Elisa.- Si aquí; imagínate allá. Podría acercarme a él y preguntarle...

Diego.- Si haces eso, Gérard Depardieu ya no va a poder caminar tranquilo por las calles de París.

Elisa.- Es cuestión de hacerlo con clase.

Diego.- ¿Con clase?

Elisa.- Por supuesto. No voy a llegar como esas mexicanas que ven a un actor de

telenovelas y se arrancan gritando.

Diego.- ¿No?

Elisa.- Cuando lo vea venir, intentaré que se fije en mí. Una vez hecho esto, haré como que se me hace conocido, pero nunca le voy a demostrar que sé quién es.

Diego.- (*Divertido*) ¿Y luego?

Elisa.- Cuestión de armar platicuita.

Diego.- ¿Ya te diste cuenta que Gérard Depardieu generalmente habla francés?

Elisa.- ¡También habla inglés!

Diego.- Pero tú no.

Elisa.- Lo entiendo.

Diego.- A veces.

Elisa.- ¿Qué tal que entiende español?

Diego.- No tiene cara.

Elisa.- ¡Qué pesimista! Si es cultísimo.

Diego.- ¿Cómo sabes que es cultísimo?

Elisa.- Se nota a leguas. Además, para hacer a Cyrano de Bergerac necesitas ser culto.

Diego.- Se me hace que ni tanto. Cyrano de Bergerac en Francia debe ser algo así como Zapata en México... o Villa.

Elisa.- Ni tanto, porque Cyrano era escritor, y Zapata no.

Diego.- ¿Y eso qué tiene? Pinche francesito. Zapata sí era chingón..

Elisa.- El punto no es ese, mi amor.

Diego.- Es que no compares. Esos batos si se partieron la madre por los jodidos.

Elisa.- En París no hay jodidos. Además tú empezaste con la comparación.

Diego.- Lo que quise decir es que son personajes muy conocidos.

Elisa.- Ya. No te claves. Estábamos hablando de Depardieu. Además se te quitó lo zapatista en cuanto te dieron la beca en la Sorbona, ¿no?

Diego.- Yo no soy zapatista.

Elisa.- Le hubieras seguido en la Universidad.

Diego.- Y entonces tú no conocerías nunca a Depardieu.

Elisa.- ¡La neta que todavía no lo puedo creer! ¡Figúrate! (*Transición*) ¡Mucho gusto!

Me llamo Elisa. Creo haberlo visto en algún lado. Su cara me es muy conocida.

Diego.- (*La ve, divertido*) ¿De veras?

Elisa.- Por supuesto.

Diego interrumpe lo que está haciendo. Va con ella.

Diego.- ¿Qué le dirías?

Elisa.- La verdad, no sé. Porque luego una piensa las cosas y a la hora de la hora...

Diego.- Debe ser como cuando te le vas a aventar a alguien.

Elisa.- ¡Exacto!

Diego.- ¿Le dirías que quieres ser actriz?

Elisa.- Soy actriz.

Diego.- Me refiero a las famosas. Hollywood, Cannes.

Elisa.- Cannes. ¡Exacto!

Diego.- Oye, ¿y si te pidiera que te acostaras con él?

Elisa.- ¿Tú crees?

Diego.- Está feo el cabrón, pero también se excita.

Elisa.- Eso es un mitote. No creo que Depardieu se quiera acostar conmigo.

Diego.- ¿Por qué? Yo sí quiero.

Elisa.- Pero tú eres mi bato. No te queda de otra.

Diego.- Cuando no era tu bato, de todos modos quería.

Elisa reacciona a lo que dice Diego, se acerca, cachonda.

Elisa.- ¿De veras?

Diego.- De veras.

Elisa.- No lo sabía.

Elisa lo abraza.

Diego.- ¿Por qué todas las mujeres se hacen bueyes con ese asunto? Les encanta que uno les diga cosas que ya sabían, y luego lo niegan.

Elisa.- Ni creas que me voy a pelear. Nunca más en México

Diego.- O sea que puro pleito internacional.

Elisa lo besa apasionadamente. Diego reacciona. Intenta quitarle la blusa, pero ella lo detiene.

Elisa.- Tenemos visita.

Diego.- ¡No!

Elisa.- Ni modo, también puras internacionales.

Diego.- (*Se le acerca*) ¿Puras qué?

Elisa.- Puras de estas.

Diego.- ¿Cogidas?

Elisa.- Cuando te ibas a quedar con las ganas.

Ambos ríen y se abrazan.

Elisa.- Tenemos que apurarnos. Aquellos no tardan en llegar.

Diego.- ¿Qué dijeron?

Elisa.- No se la acababan. El Brando haciendo planes para irse a dar funciones allá.

Diego.- Y Josué feliz.

Elisa.- ¿Tú que crees?

Diego.- Seguramente se alucina en las pasarelas de Versace.

Elisa.- A ese ya lo mataron, eres un cabrón.

Diego.- Oye, ¿y tú crees que le caigan?

Elisa.- En un descuido. Quieren dar muchas funciones para sacar lana para los boletos.

Diego.- ¿Y cómo las van a dar si tú ya no vas a estar?

Elisa.- Bibiana me va a suplir.

Diego.- ¿Se puede?

Elisa.- ¡Ay, mi amor! No te hagas buey. Que seas un experto en la fotosíntesis, no significa que no sepas que alguien me puede suplir.

Diego.- ¿Experto en la fotosíntesis? Elisa, ¿De dónde sacaste esa mamada?

Elisa.- Bueno, así dice el Brando.

Diego.- (*Irónico*) ¡Qué ingenioso!

Elisa.- Yo ya le expliqué.

Diego.- No te preocupes. El bato está bien correspondido. A mí también me caga la madre.

Elisa se acerca a Diego. Entre chantajista y cariñosa.

Elisa.- La verdad no creo que vayan ni a la esquina con la obra. Así que no te preocupes.

Sólo te pido que en la fiesta no le digas nada. Es una sola vez y ya... ¿Sí?

Diego.- (*Sonríe*) Está bien.

Diego se acerca a Elisa. La besa y le quiere agarrar las nalgas.

Elisa.- (Recordándole) Tenemos visita.

Diego.- ¿Eso quiere decir que no nos vamos a despedir de Tijuana?

Elisa.- No.

Diego.- El día que nos casemos hay que sacar muy bien las cuentas. Estaría cabrón que tuviéramos visitas en la luna de miel.

Elisa.- Pues sí. Aunque ya hemos tenido muchas.

Diego.- Pero no es lo mismo.

Elisa.- ¿Ya no piensas igual?

Diego.- ¿De qué?

Elisa.- Antes decías que el matrimonio era permiso para hacer el amor.

Diego.- Pues sí. Lo sigo pensando. También sigo pensando que si te enrolas con una morra que necesite pedir permiso para hacer el amor, pues estás jodido.

Elisa.- Ah.

Diego.- Pero ahora es distinto.

Elisa.- ¿Distinto?

Diego.- Claro. Tú ya me demostraste que no necesitas permiso para hacer el amor.

Elisa.- ¿Entonces por qué te quieres casar?

Diego.- No sé... Tal vez por miedoso. No es lo mismo estar en París que en Tijuana.

Elisa.- Si fuera lo mismo, no nos iríamos, buey.

Pausa. Diego la ve.

Diego.- Me gusta que me digas, buey.

Elisa.- De nada.

Silencio.

Diego.- Oye, ¿Y ese bato, porque se puso así?

Elisa.- ¿Quién?

Diego.- Se cree Marlon Brando, ¿verdad?

Elisa.- Se cree Brando mejorado. De hecho, al bato le da por corregir las actuaciones de todo mundo. Hasta de Robert De Niro.

Diego.- Sí que es pendejo tu compa.

Elisa.- La verdad es que es muy inteligente.

Diego.- (*Pregunta retórica*) Lo admiras.

Elisa.- Sí.

Diego.- Ah.

Elisa observa a Diego. Se acerca.

Elisa.- ¿A dónde quieres llegar, cabroncito?

Diego.- No, a ningún lado.

Elisa.- ¿A dónde?

Diego.- A París.

Elisa lo observa de nuevo. Le sonrío, y camina a la puerta interior.

Elisa.- Pues a París o a cualquier lado, me pienso llevar los libros que Brando me regaló.

(Irónica) Unos que escribió un tal Shakespeare. ¿Te suena?

Elisa sale. Diego la observa divertido.

Elipsis de tiempo.

Diego prende un cigarro. Se hace evidente que es el último de la cajetilla. Va hacia el teléfono. De pronto, ve la puerta de la entrada. Camina hacia ella, frenéticamente. Se detiene al llegar. Lentamente lleva la mano a la perilla. Imperceptiblemente, Elisa aparece en la puerta interior.

Elisa.- ¿Qué vas a hacer?

Diego se sobresalta.

Elisa.- Esa puerta está cerrada.

Diego voltea hacia ella, y se recarga en la puerta.

Diego.- Se abre fácil.

Elisa.- Por dentro.

Diego.- Muy fácil.

Elisa.- Y dentro sólo está nadie.

Diego.- Suficiente.

Elisa.- Nadie es tan incapaz, que esa puerta no se puede abrir por dentro.

Diego.- Yo soy nadie.

Elisa.- Eso crees. *(Se acerca a Diego)* Tú eres un brillantísimo estudiante de zoología aplicada en la Sorbona.

Diego.- ¡Claro!

Elisa.- Por lo tanto, no puedes abrir la puerta.

Diego.- ¡Clarísimo!

Elisa llega hasta él. Lo toma de la mano. Caminan por el espacio. Elisa le quita el cigarro y le da una bocanada.

Elisa.- ¿Qué aprendiste hoy?

Diego.- Herpetología.

Elisa.- (*Casi maternal*) ¡Muy bien!

Diego sonríe orgulloso. Casi estúpidamente.

Elisa.- ¿Y?

Diego.- La víbora de la muerte. Así se le llama a toda la parentela de la cobra. Viven en Australia y están cabronsísimas, porque su veneno te chinga el sistema nervioso.

Elisa.- ¡Qué interesante! O sea que te dejan idiota.

Diego.- O sea que te matan.

Elisa.- ¡Qué necesidad!

Diego.- ¿Sabes porque existe el veneno?

Elisa.- Fácil. Porque existe el antídoto. Es el bien y el mal. Sin eso no existiéramos.

Diego.- ¿Cómo que no existiéramos?

Elisa.- Los actores. Me lo dijo mi maestro ayer.

Diego.- Chingón tu maestro.

Elisa.- ¿Verdad que sí? Y todo surgió a partir de un ejercicio del animal escénico. Es una onda así como que tu personaje se tiene que parecer a un animal. Y entonces tú imitas a ese animal y pues así va a ser tu personaje.

Diego.- ¿Y tú que fuiste?

Elisa.- Una gatita. Y una compañera hizo a un perrito. El bien y el mal.

Diego.- ¿Alguien hizo a una víbora?

Elisa.- Sí.

Los personajes llegan al otro extremo de la escenografía. Se ponen frente a la pared.

Diego.- ¿Y?

Elisa.- Se nos acabó París.

Diego.- En otra ocasión será.

Ambos se sientan en el suelo.

Elisa.- Diego; tengo ganas de conocer Roma.

Diego.- ¿Cuándo vamos?

Elisa.- ¿De veras?

Diego.- De veras.

Se abrazan.

Elipsis de tiempo.

Los personajes se levantan y siguen arreglándose para el viaje.

Diego.- La verdad es que el Brando no me cayó tan mal hoy.

Elisa.- ¿En serio?

Diego.- Sí. Tuve la sensación de que no sufría mucho por que te ibas.

Elisa.- Eso siempre ha sido pura figuración tuya.

Diego.- Se está cogiendo a Bibiana, ¿no?

Elisa.- Sabe. Esa morra, no creas que me cuenta muchas cosas.

Diego.- Me pareció reservada.

Elisa.- La verdad es que me tiene como que envidia. Y más que reservada, como que no le caigo muy bien.

Diego.- Entonces a lo mejor todavía no se acuesta con el Brando. Si no, ya te lo hubiera dicho.

Elisa.- Quién sabe. Las mujeres somos muy raras.

Diego.- ¿Y sabes una cosa? Las actrices más.

Elisa.- Finalmente le estoy dejando el campo libre.

Diego.- ¿Te refieres a Brando, o tu papel en la obra?

Elisa.- A las dos cosas.

Diego.- (*Un poco molesto*) ¿Ya ves que sí?

Elisa.- Es un decir. ¿Tú no tienes admiradoras?

Diego.- Pues la verdad sí.

Elisa.- Puras víboras.

Diego.- ¡Ándale! Esas son las que me gustan.

Elisa.- Gracias por lo que me toca.

Diego.- De nada. (*La ve de reojo*) Eso es lo que más me gusta de mi carrera.

Elisa.- (*Ofendida*) Ah.

Diego.- Se llama herpetología.

Elisa.- (*Ídem*) Ah.

Diego.- ¿Sabes por qué las víboras tienen veneno?

Elisa.- No.

Diego.- ¡Fácil! Para dominar a sus presas.

Elisa.- ¿No sirve para matar a los hombres?

Diego.- No necesariamente. Es como un carro, por ejemplo, que sirve para transportarte, pero que también te puedes dar en la madre con él.

Elisa.- ¡Órale!

Diego.- Así que el veneno sirve para inmovilizar la comida.

Elisa.- Es como un sazonador, ¿no?

Diego.- ¡Ándale!

Elisa.- ¡Qué locura! (*Pausa. Prende un cigarro*) ¿Y que tenemos que ver?

Diego.- ¿Me das uno?

Elisa.- No hay.

Diego.- ¿No hay?

Elisa.- Es el último.

Diego.- (*Histriónico*) ¡No puede ser!

Diego se desploma, como si hubiera recibido una puñalada.

Elipsis de tiempo.

Diego está en el suelo. Elisa se acerca a él.

Elisa.- (*Imperativa*) Dame un cigarro.

Diego le extiende una cajetilla vacía. Elisa la revisa y la tira.

Elisa.- Pendejo.

Elisa camina hacia la puerta.

Diego.- ¿A dónde vas?

Elisa.- Por cigarros.

Diego se levanta y la ataja.

Diego.- No puedes.

Elisa.- Ya no hay.

Diego.- ¡Busca bien!

Elisa.- Sin cigarros yo no puedo.

Diego.- (*Mientras se mueve por todo el espacio*) ¡Fumar mata!

Elisa.- Eso es lo que quiero.

Diego.- Demasiado lento. Puedes tardar cuarenta años. Sirve de una chingada.

Elisa.- ¿Entonces?

Diego.- Dejar de fumar te causa un infarto.

Elisa.- Claro, y yo estoy pendeja.

Diego.- Si combinas la ansiedad. Te vas a morir de un infarto.

Elisa.- Pues entonces no quiero morirme.

Diego.- Tú dijiste que sí.

Elisa.- ¡Quiero disfrutar París al máximo!

Diego.- En las calles bonitas y cursis de París, en las de color pastel, no se puede fumar.

Porque entonces se mancharían de amarillo.

Diego se detiene, y de un sólo movimiento, se sienta en un rincón.

Elisa.- ¡Putra madre! ¡Nomás falta que me eches un discurso de esos que se chutan los gringos!

Diego.- Pues si quieres...

Elisa.- ¡Quiero un cigarro, con una chingada! ¡De algo me tengo que agarrar!

Diego.- Agarrar...

Elisa.- ¡Sí. Agarrar!

Diego.- Para aguantar...

Elisa.- ¡Sí!

Diego.- El encierro...

Elisa.- ¿No puedes decirlo de una vez?

Pausa. Diego la observa. De pronto, de un salto, se pone de pie y dando zancadas, alcanza la puerta y la abre. Elisa lo ve espantada.

Diego.- (*Furioso*) ¡Órale, lárgate, vete por tu pinche cigarro! ¡Transforma París, pendeja! ¡Hazlo mierda! (*Se señala la sien*) ¡Chíngame las neuronas! ¡Y Transfórmame todo lo que tengo aquí en tu pinche mundito! (*Pausa*) ¡Todo por un puto cigarro!

Diego se regresa a zancadas a su rincón. Se sienta, con los brazos cruzados, con la mirada perdida en el piso. Elisa lo observa. De pronto, Elisa corre a la puerta, seguida por la mirada de Diego. Cuando va a salir se detiene.

Diego.- ¿Qué esperas?

Elisa observa hacia afuera. Después gira lentamente para ver a Diego.

Elisa.- Eso no es París...

Diego.- ¡Claro que no!

Elisa.- Tú dijiste.

Diego.- ¡No te muevas!

Diego se vuelve a levantar intempestivamente. Corre a la puerta. Elisa no se mueve.

Diego cierra la puerta. Voltea a Elisa para que vea la puerta cerrada.

Diego.- ¡Esto es París!

Elisa no se inmuta.

Diego.- ¡¿Lo ves?!

Elisa niega con la cabeza.

Diego.- ¡Fíjate bien, chingada madre!

Breve pausa.

Diego.- ¡¿Lo ves?!

Elisa asiente con la cabeza.

Diego.- (*Eufórico*) ¡A huevo! ¡Si yo ya sabía! ¡Pinche Elisa, eres una chingona, por eso te quiero! (*La abraza y la levanta. Elisa sigue sin inmutarse*) ¿Viste el cielo parisino?

Elisa.- Sí...

Diego.- Ni tu poeta, ese, ¿cómo se llama?

Elisa.- Alberti.

Diego.- Ni ese cabrón se imaginó un cielo tan hermoso, ¿verdad? Y pues a lo mejor yo no sé escribirlo, pero ese buey no te lo regaló como yo.

Elisa.- Supongo.

Diego.- Así que por lo tanto yo resulté más chingón que ese Alberto.

Elisa.- Alberti.

Diego.- Porque yo sí sé ver París.

Elisa.- Claro.

Elisa se sienta en el piso.

Diego.- Y luego los parisinos... Ayer me encontré a la vecina.

Elisa.- ¿Y qué?

Diego.- Me contó algo muy interesante. Me invitó a ver su criadero. Dice que tú le dijiste que yo sabía de eso.

Elisa.- Alucina, la pinche vieja.

Diego.- Aunque me advirtió que el patio de su casa no es color pastel.

Silencio.

Elisa.- ¿Fuiste?

Diego.- No. Me dio miedo. Algo tiene en la mirada.

Elisa.- Calentura.

Diego.- No, no es eso. Algo como extraño.

Elisa.- ¿Y qué pasó?

Diego.- Nada. No fui.

Elisa.- Ya sé. Pero me imagino que no le dijiste que te daba miedo, ¿no? *(Pausa)* ¿O sí?

(Pausa) ¡Ya sé! Le dijiste que no querías ir porque tenía mirada de asesina.

Diego.- ¡Exacto!

Elisa.- ¿Eso le dijiste?

Diego.- No, claro que no. Pero sí, tiene cara de asesina.

Silencio.

Diego.- Le dije que no tenía tiempo. Me dijo que rapidito me explicaba, porque cuando alguna vez tuviera tiempo, quería que la asesorara.

Elisa.- (*Irónica*) ¡Qué interesante!

Diego.- Me dijo que tenía unos embriones de un animal nuevo. Algo así como una cruz entre una araña y una pulga

Elisa.- (*En susurro*) Una araña y una pulga...

En este momento, a Elisa le da un ataque de risa, que permite:

Elipsis de tiempo.

Elisa ríe.

Diego.- ¡Ya, dime!

Elisa.- ¡Adivínalo!

Diego.- Es que no se puede.

Elisa.- Si piensas como zoólogo, nunca le vas a atinar.

Elisa sigue riendo.

Diego.- ¡Ya!

Elisa.- ¿Te das?

Diego.- Sí. Me doy.

Elisa.- La vagina de una puta.

Pausa.

Diego.- ¿Qué dijiste?

Elisa.- (*Cautelosa*) La vagina de una puta.

Después de una breve pausa, Elisa suelta la carcajada. Diego sonríe. Se escucha que alguien toca a la puerta. Elisa sigue riendo. Diego se encamina a la puerta.

Diego.- (*Sonriendo*) La vagina de una puta.

Elisa.- (*Entre risas*) Si quieres te lo explico.

Diego va a la puerta. La abre. No hay nadie. Es el correo que llegó. Diego recoge del piso varios sobres. Regresa revisándolos. Se detiene en uno. Lo abre.

Elisa.- ¿Entonces?

Diego.- (*Rasga un sobre*) Espérame.

Elisa.- ¿Qué?

Diego.- Noticias.

Diego lee la carta que le llegó. Su cara se va transformando en incredulidad.

Diego.- No puede ser...

Elisa.- ¿Qué pasó?

Diego.- (*Ve a Elisa*) ¿Qué me dijiste de tu mamá?

Elisa.- ¿Es de mi mamá?

Diego.- Me dijiste que te iba a hacer mucha falta.

Elisa.- ¿Le pasó algo a mi mamá?

Diego.- ¿No te quieres ir?

Elisa.- ¿De qué estás hablando?

Diego.- ¿Cómo se llama el director de la escuela?

Elisa.- ¿Qué escuela?

Diego.- La de París.

Elisa.- No te entiendo nada. ¿Qué tiene que ver mi mamá con el director de la escuela?

Diego.- ¡Te hice una pregunta, Elisa!

Elisa.- ¿Yo que voy a saber?

Diego.- (*Frenético*) ¿Cómo se llama el director?

Elisa.- ¡No sé!

Diego.- ¡¿Francois qué?! (*Se acerca violento a Elisa. Ella no contesta. Está desconcertada*) ¡Contéstame, chingada madre! ¡¿Francois qué?!

Elisa.- ¡¿Qué voy a saber yo de eso?!

Diego.- ¡Vale madre que sabes! Si no, ¿cómo llegó esta carta aquí?

Elisa.- ¡Cálmate! Si me explicas...

Diego.- (*Interrumpe*) ¿De quién fue la idea? ¿De tu amiguito Brando? ¡No es chistoso,

Elisa! ¡Este tipo de cosas no las voy a permitir!

Elisa.- ¡Estás loco!

Diego.- ¡Tú me dijiste! La voy a extrañar. No va ser lo mismo sin los pleitos. ¡Como que eso le daba sabor, o una mamada así!

Elisa.- (*Grita*) ¡Vete a la mierda!

Silencio. Diego camina como león enjaulado por el lugar. Elisa lo observa desde un rincón, totalmente desconcertada. Diego se acerca a ella, y le extiende la carta. Elisa la toma.

Elisa.- ¿Qué?

Diego.- (*Imperativo*) ¡Léela!

Elisa abre la carta.

Elisa.- ¡Está en francés!

Diego.- ¡Lecoq! Francois Lecoq.

Elisa.- ¿Qué dice?

Diego.- (*Furioso*) ¡¿No sabes qué dice, cabrona?! ¡Léela!

Elisa.- ¡Dime tú! ¡Yo no entiendo!

Silencio. Diego se deja caer en un sillón. Se mesa los cabellos. Se levanta. Se vuelve a sentar.

Elisa.- ¿Me vas a decir?

Diego.- ¡Se cancela!

Elisa.- ¿Qué?

Diego.- Rechazaron la solicitud.

Elisa.- ¿De qué estás hablando?

Diego.- La beca.

Elisa.- ¿Qué?

Diego.- No hay tal.

Elisa.- (*Confundida*) Pero tú me dijiste...

Diego.- (*Interrumpe*) ¡Se fue todo a la verga!

Elisa vuelve a ver la carta.

Elisa.- ¡Me dijiste que ya estaba aceptada!

Diego.- ¡Pues ya no!

Elisa.- Diego. ¿Qué pasa?

Diego.- Faltaba un requisito.

Elisa.- ¡Eso no fue lo que dijiste cuando me propusiste que nos fuéramos!

Diego.- Hubo revisión de examen.

Elisa.- ¿Y?

Diego.- (*Camina otra ve frenéticamente*) ¡Un pinche punto! ¡Faltó un pinche punto!

Elisa.- ¡No mames! ¡Estás jugando!

Diego.- (*Ahora a punto de llorar*) ¡Ojalá!

Silencio. Diego se tranquiliza. Elisa lo ve. Ve el espacio, boquiabierto.

Elisa.- (*Quedito*) Debe haber un error.

Pausa.

Elisa.- ¿Por qué no lo checas?

Pausa. Elisa prende la computadora. Se la señala a Diego.

Elisa.- ¡Revisalo! Debe haber un error.

Diego ve a Elisa. Como autómeta, se levanta y va hacia la computadora.

Elipsis de tiempo. Diego teclea en la computadora. Elisa fuma nerviosa por el espacio.

Elisa.- ¿Qué vamos a hacer?

Diego.- Irnos.

Elisa.- ¿Qué?

Diego se levanta y corre las cortinas. Cierra la puerta con llave.

Diego.- En este momento nos estamos yendo a París, ¿no? Ese es el plan y lo vamos a seguir.

Elisa.- Sólo tenemos un boleto. El otro lo iban a pagar ellos.

Diego.- (*Imita un anuncio*) Air France anuncia su salida directa desde Tijuana a París. Es importante que abrochen sus cinturones, enderecen el respaldo de su asiento y no fumen durante el despegue. En caso de un cambio repentino en la compresión de la cabina...

Elisa.- Diego...

Diego.- (*Ídem*)... Automáticamente caerá una máscara de oxígeno.

Elisa.- ¡Diego!

Diego.- Es así, ¿no? (*Imita*) Automáticamente caerá una máscara de oxígeno del techo.

Elisa.- ¡Cállate, pendejo!

Diego.- ¿Qué te parece que nos vayamos en el Concorde?

Elisa.- ¡Chingado!

Diego.- Uno, Tijuana; dos, Boston; tres, Nueva York; cuatro, París. (*La toma del brazo y la jala*) Córrele, este no es el pinchurriente aeropuerto de Tijuana, este es el Charles DeGaulle.

Elisa.- ¡Nomás eso me faltaba!

Diego.- ¡Cierra los ojos!

Elisa.- ¡Deja esas mamadas, cabrón!

Diego.- ¡Ciérralos!

Elisa.- ¿Te volviste loco?

Diego.- (*La golpea en la cara*) ¡Ciérralos!

Silencio.

Diego.- ¿Qué ves?

Elisa.- Nada...

Diego.- (*Violento*) ¡¿Qué ves?!

Elisa.- Una calle.

Diego.- ¿Qué más?

Elisa.- Árboles. Personas.

Diego.- Personas que caminan...

Elisa.- Lentamente.

Diego.- Con mascotas en la mano. Con perritos con correa.

Elisa.- Mucha luz.

Diego.- ¡A huevo!

Elisa.- Mucha opulencia.

Diego.- ¡A huevo!

Elisa.- Arte.

Diego.- ¡Chingón!

Silencio.

Diego.- ¿Qué más?

Elisa.- ¿Ya los puedo abrir?

Diego.- ¡No!

Elisa.- Estas loco.

Diego.- (*Violento*) ¡No entiendes ni madre!

Elisa.- No.

Diego.- Para no volvernos locos.

Silencio.

Diego.- Para eso lo hago. Para no volvernos locos.

Elisa.- (*Abre los ojos*) No entiendo.

Diego.- París está detrás de la puerta. (*Diego va hacia la puerta*) ¡Es cuestión de abrirla!

¡Fácil!

Elisa.- ¿Qué?

Diego.- No estoy loco.

Elisa.- (*Va hacia la puerta*) ¡Ábrela!

Diego.- ¡No! (*Pausa*) Allí están ellos.

Elisa.- ¿Quiénes?

Diego.- Ellos. ¿No te das cuenta? Viajaron con nosotros. Si los vemos, ya no vamos a estar en París. Así que aquí nos quedamos.

Silencio.

Elisa.- Entiendo. Aquí nos quedamos.

Diego.- Exacto. ¿En dónde nos quedamos?

Elisa.- En París.

Diego.- Exacto.

Elisa.- En la noche caminaremos por los Campos Eliseos.

Diego.- Champs Elisés.

Elisa.- Iremos a visitar a la Gioconda.

Diego.- La Torre Eiffel nos espera.

Elisa.- Las clases de actuación.

Diego.- La zoología en todo su esplendor.

Elisa.- El amor...

Elisa y Diego se abrazan. Se besan. Elisa, de pronto, se separa.

Elisa.- ¡Mamadas!

Elipsis de tiempo.

Diego se sienta en la computadora. Consulta su correo electrónico. Elisa camina por todo el espacio desesperadamente. De pronto se detiene. Ve a Diego. Se sienta.

Elisa.- Tengo hambre.

Diego.- Sírvete.

Elisa.- (*Va al refrigerador*) ¿Te sirvo?

Diego.- ¿Quién le enseñó a tu mamá a usar el E-Mail?

Elisa.- ¿Qué dice?

Diego.- Que te extraña.

Elisa.- Así son las mamás. Primero te alucinan, y luego te extrañan.

Diego.- Que ya eres tía.

Elisa.- ¿A sí?

Diego.- Diez perritos. Se murieron ocho. Dice que me preguntes por qué.

Elisa.- ¿Por qué?

Diego.- Fácil. La pinche perra esta muy chica para tanta cría.

Elisa.- (*Elige un par de yogures del refrigerador. No ve a Diego*) Querida madre, dos puntos. (*Diego teclea en la computadora*) Yo también las extraño mucho. París es divino.

Me lo imaginaba bonito, pero no tanto. Es un paraíso. Creo que soy una mujer muy afortunada. Aparte, Diego es todo un caballero. Estoy tan enamorada. El dice que es París. También dice que es muy difícil que una perra salchicha pueda tener tanta cría. Que es normal. (*Pausa*) ¿Cómo están? Me imagino que preciosas. Ayer fuimos al Louvre. Los miércoles es dos por uno y Diego se dio un tiempo para llevarme. (*Pausa*) ¡Lloré!

Cuando le vi la cara a la Mona Lisa me acordé de ti. De tu sonrisa cuando era niña. De tus ojos que me escuchaban cuando tenía un problema, del olor a frutas de tu cocina...

Diego.- (*Interrumpe*) La cocina de tu mamá huele a fritanga.

Elisa.- (*Enojada*) Es una carta privada. No te metas en mis cosas. Además ella siempre dijo que olía a frutas.

Diego.- Además el Louvre no es como los cines.

Elisa.- ¿Cómo sabes?

Diego.- (*Señala con la mano su alrededor*) Francia es del primer mundo.

Elisa.- Por eso.

Diego.- ¡No me da la gana de que el Louvre tenga descuento! (*Pausa*) ¡Punto!

Elisa.- Dice Diego que la entrada al Louvre le recordó Tijuana.

Pausa. Se ven.

Diego.- ¡Chinga tu madre!

Elisa.- Diego te manda saludos.

Elipsis de tiempo.

Elisa camina entusiasmada por el espacio. Como haciendo inventario. Mientras Diego busca un libro.

Elisa.- Lo voy a extrañar.

Diego.- ¿A quién?

Elisa.- El "lugar"

Diego.- Haremos otro.

Elisa.- Pero no es lo mismo.

Diego.- ¿Te parece?

Elisa.- Aquí perdí mi virginidad.

Diego la voltea a ver. La observa. Elisa se ha detenido. Como si flotara en el espacio.

Diego ríe paulatinamente.

Elisa.- ¿Qué?

Diego.- No me digas.

Elisa.- ¡De veras!

Diego.- No me vayas a salir con esa cosa de que la virginidad no es un asunto físico.

Elisa.- ¡Claro!

Diego.- Ahora resulta que es un asunto del corazón.

Elisa.- ¡Clarísimo!

Diego.- Mi amor. Permíteme decirte que sueñas demasiado cursi.

Elisa.- ¿Será?

Diego.- ¿Cuántas veces hemos hecho recuentos?

Elisa.- ¿Qué tiene que ver?

Diego.- Que ya se te olvidó que yo no quería.

Elisa.- No te hagas buey. Era lo único que querías.

Diego.- ¿Yo?

Elisa.- ¿Hay otro?

Diego.- Hablo de los recuentos.

Elisa.- Si no querías, no tenías necesidad.

Diego.- Tú me la creaste.

Elisa.- Esto me suena a campanazo de primer round.

Pausa.

Diego.- Me encabrona estar empatados.

Elisa.- Fue un acto de amor.

Diego.- ¿Qué? Ahora resulta.

Elisa.- De confesión. Hace mucho que no lo hacemos.

Diego.- ¡Otra vez!

Elisa.- Solo esa vez lo hicimos. Creo que ya es momento.

Diego.- ¿Por qué ahora?

Elisa.- París. Ya nada va a ser lo mismo.

Diego.- ¡No quiero!

Elisa.- Me sacaba un poco de onda que te gustara verle las tripas a los conejos.

Diego.- Me sacaba un mucho de onda que te gustara verle las tripas a tus personajes.

Elisa.- No me gustaba tu peinado.

Diego.- Tu lipstick sabía horrible.

Elisa.- La primera vez que te vi caminar desnudo, me molestó tu desparpajo.

Diego.- Y a mí tu pudor. Te ponías los calzones hasta para ir por tu ropa.

Elisa.- Te quedabas desnudo hasta que me iba.

Diego.- Te tapabas el pelo púbico.

Elisa.- Te gustaba balancear el pene cuando caminabas.

Diego.- Te ponías los calzones de espalda.

Elisa.- Te rascabas los dedos de los pies.

Diego.- Te sacudías los pelos de los pechos.

Elisa.- ¡Nunca he tenido!

Diego.- Los míos.

Elisa.- Te enguajabas la boca después de que hacías el sexo oral.

Diego.- ¡Mamadas! Tú escupías.

Elisa.- ¡Cabrón! Te amo.

Diego se acerca a Elisa.

Diego.- Te odio.

Diego la besa y la empieza a desnudar.

Elisa.- *(Entre besos)* ¡Me excitas!

Diego y Elisa caen al piso. Se trezan en un erótico abrazo.

Elipsis de tiempo. Ambos están desnudos. Pausa. Elisa se levanta tapándose el sexo con las manos y de espaldas a Diego se pone los calzones. Diego la observa.

Diego.- Es París.

Elisa se pone el brasiere. Voltea con Diego. Se queda en ropa interior.

Elisa.- Hoy escuche algo en la radio.

Diego.- Mmm.

Elisa. ¿Tú sabes quienes son los protagonistas del drama más hermoso de la vida?

Diego.- *(En tono de burla, recalcando)* ¿El drama más hermoso de la vida?

Elisa.- El amor.

Diego.- No. No sé.

Elisa.- El hombre y la mujer son los protagonistas del drama más hermoso de la vida.

Diego.- ¿Quién dijo esa pendejada?

Elisa.- En la radio. Una locutora.

Diego.- París te está afectando.

Elisa.- Es cierto.

Diego.- Y ahora me vas a decir que yo soy un hombre y tú una mujer.

Elisa.- Es cierto.

Diego.- Y que por lo tanto somos los protagonistas...

Elisa.- París me está afectando. Todo esto me está afectando. El olor a frutas me está afectando. El amor me está afectando. A veces siento que me voy a morir.

Diego.- Todos.

Elisa. ¡Que ya me voy a morir!

Diego.- Yo también me voy a morir, pero en París. Tenemos la ventaja de que podemos escoger.

Elisa.- Yo me quiero morir como la negra ¿Viste esa noticia?

Diego.- No.

Elisa.- La de la nigeriana.

Diego.- No la vi.

Elisa.- Pues es mi heroína. La violaron. Y ahora la están acusando de adulterio. Y eso que estaba divorciada.

Diego.- ¿Y eso qué?

Elisa.- Quedó embarazada y tuvo al hijo. La van a lapidar.

Diego.- (Neutro) Ah.

Elisa.- Las entierran vivas. Con lápidas.

Diego.- Supongo. (*Pausa*) Y luego se mueren.

Elisa.- No. Les dejan la cabeza de fuera y les dan de pedradas. Entonces se mueren.

Pausa

Elisa.- Yo quiero morir como la nigeriana. Que se sepa.

Diego.- Nadie va a saber.

Elisa.- Para eso necesito ser adúltera.

Diego.- No puedes.

Elisa.- Viólame.

Diego.- No funcionaría. Soy tu marido.

Elisa.- Tú viólame. Yo me encargo de lo demás.

Diego.- Estas loca.

Elisa.- Hacemos de cuenta.

Diego.- ¿Hacemos de cuenta?

Elisa.- ¿Has violado a alguien?

Diego.- Sí.

Elisa.- ¿Sí? ¿Por qué no me habías dicho?

Diego.- Te violé a ti.

Elisa.- Ja.

Diego.- Yo no sabía. Tú me dijiste.

Elisa.- ¿Yo?

Diego.- ¿Ya no te acuerdas? Me dijiste: "Viólame, mi amor, como el otro día"

Elisa.- No sabía lo que decía.

Diego.- Ahora resulta.

Elisa.- Estaba muy caliente.

Diego.- Eso sí.

Elisa.- Y cuando te violan, no debes estar caliente.

Diego.- ¿Ahorita estás caliente?

Elisa.- No.

Diego.- Yo tampoco. Así que no te puedo violar.

Elisa.- ¡Eres un cabrón!

Diego.- Ni modo.

Elisa.- ¿Y si te provoco?

Diego.- Sabe.

Elisa.- ¡Va!

Elisa se pone de espaldas a Diego. Se quita el brassiere. Durante el siguiente diálogo, Elisa realiza las acciones que va narrando, mientras Diego la escucha inmóvil, sentado en un rincón.

Elisa.- Es un día soleado en París. Los colores pastel son intensos. La luz entra por todos lados. La ventana está abierta. Un nigeriano entra a la recámara con la intención de robar, mientras Elisa, en el baño, lava su cara y se pone crema suavemente, con la yema de los dedos. Recuerda la noche anterior con su amado y se estremece. El nigeriano la observa desde la cama. Elisa lanza un suave suspiro y se mesa los cabellos. El nigeriano la observa. Por el espejo puede ver los pechos abultados, los pezones erectos. Elisa acaricia

su cuello. El nigeriano tiene una erección instantánea. Elisa piensa en el momento en que París se oscurece. Imagina a su amado llegando, sudoroso. Inclina la cabeza hacia atrás, sin darse cuenta que el nigeriano se ha levantado de la cama y se desnuda. Avanza hacia ella. Elisa abre la llave y pone su mano izquierda bajo el agua. El sonido del agua no le permite escuchar la respiración del nigeriano, que esta muy cerca. El hombre la toma de los cabellos y le tapa los ojos. Elisa intenta gritar, pero la voz no le sale. El nigeriano le agacha el torso y la penetra salvajemente una, dos, tres, cuatro, cinco veces. Elisa grita desgarradoramente.

Elisa da un grito desgarrador. Diego, de un salto se levanta y va hacia ella. La toma de los cabellos, y con la otra mano la golpea salvajemente.

Diego.- ¡Esto es París, pendeja! ¡Nunca debiste venir conmigo! ¡Eres una puta coneja a la que le voy a ver las tripas! ¡Eres el ornitorrinco que me regaló el abuelo! ¡Eres un puto personaje sin intestinos! ¡Putas, putas, putas!

Diego la deja de golpear. Elisa queda en el suelo. No llora. Silencio

Elisa.- ¿Para qué? De todos modos nos vamos a morir.

Diego.- De todos modos, por eso.

Elisa.- Vamos muriéndonos sin violencia. Despacito. Fingiendo que nos morimos.

Diego.- Así no funciona.

Elisa.- Fingiendo amor.

Diego.- ¡No!

Elisa.- Platicando del futuro.

Diego.- No quiero.

Elisa.- Viviendo en una villa fuera de París. Saliendo cada uno en su carro europeo, rumbo a la victoria cotidiana.

Diego.- ¡Ni madres!

Elisa.- Regresando por las noches, organizando pláticas de la rutina frente a una botella de vino.

Diego.- ¿Y me vas a contar de tu amante?

Elisa.- ¿Cuál?

Diego.- Me dijeron que vas a tener un amante.

Elisa.- ¿Yo?

Diego.- Se ven a las cinco de la tarde.

Elisa.- ¿Cuando impartes tu cátedra en la Sorbona?

Diego.- Sí... Puta.

Elisa.- Sólo estábamos leyendo el libreto. También estaba el escritor, y el director.

Diego.- Pero se fueron.

Elisa.- ¡No es cierto!

Diego.- ¡Se fueron! Me lo dijo el productor.

Elisa.- Él ni estaba.

Diego.- Pero se reunió con ellos. A las cinco. En un café del centro. Y tú te quedaste con Depardieu.

Elisa.- Discutiendo.

Diego.- ¿Ah sí? ¿Y qué discutían?

Elisa.- Los personajes.

Diego.- No te creo.

Elisa.- ¿Por qué?

Diego.- Por lógica.

Elisa.- ¿Cuál lógica?

Diego.- Una actriz de tu estatura, esposa de un científico de mi estatura, no está satisfecha. ¡Lógico!

Elisa.- ¿Qué?

Diego.- (*Grita*) ¡Lógico!

Elisa va hacia Diego y le da un puñetazo en plena cara.

Elisa.- ¡Tu lógica se va a la mierda en este momento!

Diego.- (*Gimotea*) ¡No me pegues! ¡Por favor!

Elisa.- ¡A la mierda! ¡A la mierda!

Silencio.

Diego.- Ya.

Elisa.- ¿Seguro?

Diego.- Seguro.

Elisa.- Demuéstramelo.

Diego.- Después de llegar a la maravillosa villa fuera de París, en sus carros europeos, el científico y la actriz se sientan, amorosos, a cenar frente al mejor vino francés. Por supuesto que el científico no sabe nada de los amoríos de la puta de su mujer.

Elisa.- Bien.

Diego.- Ella le platica lo desagradable que fue la sesión de... ¿de qué?

Elisa.- Lectura.

Diego.- De lectura de la nueva película.

Elisa.- Exacto.

Diego.- Le dice también lo desagradable que puede ser Gérard cuando come. Y lo necio y joto que es el productor. Pero que va a hacer un esfuerzo, porque es un proyecto que le conviene. Podría hasta ganar un oscar.

Elisa.- Un oso.

Diego.- Y él, para relajarla, le cuenta los nuevos descubrimientos sobre las cobras, o sobre los osos.

Elisa.- Sobre los osos. Así retomamos.

Diego.- Exacto. Sobre los ornitorrincos.

Elisa.- Exacto.

Pausa. Diego cambia de posición.

Diego.- Cuando era chico, construí una especie de sueño, que se fue convirtiendo en obsesión. Yo quería tener en mi casa, en mi patio, en una tina, no sé muy bien dónde, porque no sabía dónde vivían, pero quería un ornitorrinco. La chinga que les iba a poner a mis amigos. Porque el ornitorrinco es como un castor con hocico de pato. Y así me los iba a chingar. Porque uno de ellos tenía un pato, y el otro tenía un perro de esos que parecen castores.

Elisa.- No conozco a ningún perro que parezca castor.

Diego.- Mis ganas de tener un ornitorrinco hicieron que me pusiera a estudiar a los animales.

Elisa.- ¿Y cómo supiste que existían?

Diego.- Mi abuelo, una vez llegué llorando porque quería una mascota. Me dijo que si me portaba bien, me iba a comprar un "ornitorrongo". Así, con ge.

Elisa.- ¡Qué gacho tu abuelo!

Diego.- ¿Por qué?

Elisa.- Los ornitorrincos, con ce o con ge, no los venden en la tienda de la esquina. Así que de antemano te iba a comprar pura madre.

Diego.- Tampoco tenía por qué.

Elisa.- Te lo prometió.

Diego.- No estaba seguro de que me iba a portar bien.

Silencio.

Elisa.- Ah.

Diego.- Además mi mamá siempre fue alérgica a los animales. Más bien al pelo. Tal vez por eso mi abuelo me prometió algo que no me podía cumplir.

Elisa.- Buena onda el viejito.

Diego.- Cuando me enteré que los ornitorrincos viven en Australia, me puse a juntar lana para ir por uno. Mi abuelo ya se había muerto.

Elisa.- ¿Y cuánto juntaste?

Diego.- No sé. Me lo terminé gastando. Me compre un libro bien chingón, dónde venía una foto del ornitorrinco a colores. Arranqué la página, y la pegué en mi cuarto. Mientras mis amigos tenían pósters grandotes de carros, o de luchadores, o de una que otra vieja, yo tenía una fotito de un ornitorrinco.

Silencio.

Diego.- Cambié mi ornitorrinco por París.

Elisa.- Ah...

Diego.- Hice bien, ¿no?

Elisa.- Pues sí. ¿Quieres cenar?

Diego.- Seguro que en París hay alguna tienda de mascotas exóticas.

Elisa.- Seguramente.

Diego.- Con la primera lana que me caiga, me compro uno.

Elisa.- ¿Y también lo vas a destripar?

Diego.- No sé... ¡Adivina!

Elisa.- No sé... Sí.

Diego.- No.

Elisa.- ¿No?

Diego.- El ornitorrinco es para mí como las vacas para los hindúes. Es mi dios. No podemos vivir sin un dios.

Elisa.- Y los dioses dan paz espiritual.

Diego.- Exacto. Por eso en Paris vamos a encontrar la paz espiritual.

Elisa.- Ya llegamos.

Diego.- ¿Ya?

Elisa.- Estamos en una villa a las afueras de París.

Diego.- El prestigiado científico llega a su casa para platicar con su bella esposa, la actriz de Cannes, ¿no?

Elisa.- Exacto... ¿Quieres cenar?

Diego.- Por supuesto, mi amor.

Elisa camina hacia el refrigerador.

Elisa.- Siempre dije que quería un hombre que me apoyara hasta en los más mínimos detalles.

Elisa regresa con un yogurt y dos cucharas de plástico. Lo pone frente a Diego.

Diego.- ¿Siempre dijiste?

Elisa.- A mis amigas.

Diego abre el yogurt y lo prueba. Hace una leve cara de desagrado.

Elisa.- Cien por ciento francés. Sin colores ni sabores artificiales.

Diego.- ¡Exquisito!

Elisa.- Bajo en calorías. Vas a ver que no se me va a ver ni un gramo de grasa.

Diego.- ¿Y a Depardieu?

Elisa.- Lo cuidan. Pero la mujer es diferente.

Diego.- ¿Te vas a desnudar?

Elisa.- No te preocupes. Es un desnudo cuidado.

Diego.- Como los de la primera vez.

Elisa.- Otra vez esa historia.

Diego.- Otra vez. (*Transición*) ¡Y las veces que sea necesario, chingada madre!

Elisa.- Claro.

Diego.- La primera vez que tuve enfrente a una mujer desnuda, fue como una película.

Ella estaba en la penumbra, de espaldas. Me dio mucho miedo. Estábamos en el

campanario de la iglesia. Se llamaba Elsa. Estaba recién casada, pero había sido mi amor todo el tiempo. Las mujeres allí se tenían que casar para ser honorables. Elsa dijo algo entre dientes. Tenía frío. Los vellos de la espalda se le pararon por el aire. El sacristán la veía desde lejos...

Elisa.- Cabrón.

Diego.- Le había dado una lana para que no se acercara, pero nos estaba viendo. Me quité la camisa para que Elsa sintiera que estaba con ella. ¡Hacía mucho pinche frío! Me acerqué. Elsa no volteó. Solo dijo que la luna nos veía, que eso le quitaba el miedo.

Elisa.- ¡Qué belleza!

Diego.- Ella escogió el lugar. Decían que allí se habían arrojado las cenizas del padre Alejandro. Yo le dije que allí no. Algo me decía que estaba mal que fornicáramos allí.

Elisa.- ¿Que fornicaran?

Diego.- Sí. Eso pensé. Arriba de las cenizas de un cura. Ella me dijo que allí nada más la luna nos veía. Me acerqué a ella. Le quise tocar los vellos de la espalda, pero la mano se me fue de paso, como si Elsa fuera un fantasma. Sentí los dedos calientísimos, hirviendo.

Elsa suspiró rico. Tenía mucho miedo, y quise gritar, pero no me salió nada. Se volteó.

No pude mover mi mano, que chocó con sus senos.

Elisa.- Hermosos, grandes.

Diego.- Volvió a suspirar. Mis dedos se pegaron. No podía ver sus senos. Solo el contorno. Elsa me desabrochó el pantalón y me tocó el pene. Sentí un escalofrío. No podía ser la muerte, porque estaba muy viva. Me empujó. Tropecé con una cruz. Caí de espaldas. Elsa se echó sobre mí; se incrustó. No la volví a ver.

Elisa.- No es cierto.

En este momento, Diego se pone como loco. En cada texto siguiente, o golpea a Elisa o rompe algún objeto.

Diego.- ¡Se fue con su marido a tener hijos! ¡Siete!

Elisa.- ¿Y los hoteles de paso de Tecate?

Diego.- ¡Varices, celulitis, estrías!

Elisa.- Los recorriste todos con Elsa.

Diego.- ¡Senos hasta el suelo. Eyaculaciones precoces!

Elisa.- Te parecían fantásticos para el pueblito.

Diego.- ¡Enfermedades venéreas!

Pausa. Diego se tranquiliza, arroja el envase del yogurt.

Diego.- ¡Quiero más!

Elisa.- Es el último.

Diego.- Estamos muy cerca de París.

Elisa.- Me duele la vagina.

Diego.- Ya no hay teléfono, televisión, Internet.

Elisa.- Me pegaste algo.

Diego.- Veo luces.

Elisa.- Se acabó también la pomada.

Diego.- Dicen que se ve una luz al final.

Elisa.- Sólo hay agua de la llave.

Diego.- Ven.

Elisa se acerca. Diego la abraza.

Diego.- Por eso me gustaste. Porque te llamas casi igual a ella.

Elisa.- Gracias.

Diego.- Pero ella se murió en el campanario. Como al final de la película.

Elisa.- Voy a dejar de respirar. Para morirme.

Diego.- Espérate a que lleguemos.

Elisa.- Ya casi.

Diego.- Yo también voy a dejar de respirar.

Elisa.- Estás frío.

Diego.- Estamos entrando.

Elisa.- No hay casas color pastel.

Diego.- Pero hay muchas luces.

Elisa.- Muchas pinturas, mucho vino.

Diego.- Muchos jardines.

Elisa.- No está Depardieu.

Diego.- Dicen que está en Hollywood.

Elisa.- No hay osos, ni cobras. No hay ornitorrincos.

Diego.- Va a volver. Aquí lo esperamos.

Elisa.- Mientras nos preparamos.

Pausa. Diego abraza con más fuerza a Elisa.

Diego.- En Tecate no hay hoteles de paso.

Elisa.- Tampoco en París.

Diego.- ¿Y si nos apuramos?

Elisa.- Déjame ver las calles.

Diego.- Vamos a tener mucho tiempo.

Elisa.- Tienes razón.

Diego.- Quiero hacerte el amor.

Elisa.- Tienes razón.

Diego.- Cierra los ojos, llegamos más rápido.

Elisa.- Me muero por cogerte.

Diego abraza a Elisa. Caen al suelo. Cierran los ojos. Se quedan inmóviles. Esta posición la mantendrán hasta el final de la obra.

Diego.- ¡Apúrate!

Elisa.- ¡Ahí está!

Diego.- ¿Te gusta?

Elisa.- Es la única que no es de color pastel.

Diego y Elisa empiezan a reír. Paulatinamente, aumenta la risa hasta volverse histeria.

De pronto, silencio abrupto.

Elisa.- (*Neutro*) ¿Ya viste quién está allá?

Diego.- (*Ídem*) Sí... Gérard.

Elisa.- Ahorita vengo.

Diego.- Mientras, te espero en esta tienda de ornitorrincos...

En ese momento, suena el teléfono. Al mismo tiempo tocan a la puerta. La grabadora contestadora se acciona. Tocan con más fuerza la puerta.

Voz en la contestadora de Diego y Elisa, alternando.- Hola, hablas a la casa de Diego y Elisa. En este momento no podemos atenderte, estamos en París... Deja tu mensaje después de la señal.

Se escucha un beep largo y se hace

OBSCURO FINAL